

Una Distribución de Diplomas en un Colegio de los Estados Unidos

Bachilleres Norte-Americanos y sus Discursos.

Quienes eran esos Bachilleres.

Estamos en un colegio afamado de los Estados Unidos, en un día de grados. Treinta son los alumnos favorecidos, y lucen en las manos sus diplomas, atados con cintas verdes, azules y encarnadas. Los aprietan con gozo, como si apretaran las llaves de la vida. De allí saldrán a verter luz, a mejorar ignorantes, a aquietar, elevar y dirigir: es grande la palabra francesa: “elevar” por educar. Los que han vivido, ven con tristeza a los que comienzan a vivir: y echar los colegiales a la vida parece como cortar las alas a los pájaros: lleno se ve el suelo de alas blancas. Pero la vida, que consume fuerzas, exige, para reparar el nivel, que periódicamente le entren por sus venas cansadas fuerzas nuevas. El candor y el empuje de los colegiales reaniman, aun cuando no se les sienta, la esperanza, la honradez y la fe públicas, tal como las aguas generosas de las nuevas lluvias bajan cargadas de las flores y yerbas fragantes de los montes vírgenes, a enriquecer con sus caudales la empobrecida corriente de los ríos.

Abre la sesión un pastor protestante: en los Estados Unidos, toda ceremonia, privada o pública, de gozo o de tristeza, bien sea fiesta de colegio, bien sea Congreso de delegados de un partido político, empieza con plegaria: el pastor, vestido de negro, alza los ojos al cielo e impreca sus plácemes; los oyentes, sentados en sus bancos, se cubren con la manos el rostro, que apoyan sobre el respaldo del banco vecino. Y aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra. Después, con las querellas de iglesia, la virtud de la plegaria desmerece. Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del Universo y la del alma buena e inmortal inspiran ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada! ¡y cómo contribuiría a mantener encendido el espíritu en estos tiempos ansiosos y enmonedados! ¡y cómo juntaría a todos los hombres, enamorados de lo maravilloso y necesitados de tratarlo, pero que no conciben que pueda haber creado en el hombre facultades inarmónicas la naturaleza que es toda armonía, ni quieren pagar a precio de su razón y libertad el trato con lo maravilloso!

Estamos en el colegio afamado. Acabada la plegaria, sube a la tribuna uno de los alumnos graduados. Y tras él otro, y otro tras él. Hablan de cosas hondas en lenguaje macizo. No repiten de memoria las pruebas de la redondez de la tierra; ni disertan en párrafos halmescos sobre la capacidad y calificación del conocer; ni dicen de coro los nombres antiguos de las enseñadas, remansos y recodos de la histórica Grecia, como en nuestros tiempos nos hacían decir, con gran satisfacción de padres y maestros, que de muy poco en verdad se satisfacen: porque el plumaje gana colores con todos esos utilísimos conocimientos; pero el seso no queda aprovechado, ni la vida en que se ha de bracear enseñada, ni la manera de timonear por ella y precaverse contra sus angustias. En los colegios no se abre apenas el libro que en ellos debiera estar siempre abierto: el de la vida.

No hablan de esas oquedades los alumnos del colegio en que estamos, sino que se entran en su discurso por las más severas cuestiones del momento y por otras de física y psicología, momentosas siempre. Sus discursos no vuelan como las hojas, ni como tantos discursos, sino que pesan, como rama bien frutada: Y eso que no estamos entre doctores, sino entre meros bachilleres. Uno lee un estudio sobre la imaginación en las matemáticas, y dice que aquélla tiene en las construcciones de ésta tanta parte como en las concepciones dolorosas y lumíneas, de la poesía, y que para escribir el “Paraíso Perdido”, no se necesitó más poder de imaginar que para establecer los principios fundamentales de las secciones cónicas. Examina otro las razones del dañoso influjo de la ignorante inmigración irlandesa en las ciudades, donde con su número sofocan el voto y se lo adueñan, sin que por su hábito de no reunirse más que con gente de su terruño, y por no ser la idealidad elemento singular de su naturaleza, ascienda en ellos la cultura a la par con su influencia y autoridad de sufragantes en el pueblo que los recibe como a hijos. Crían por las lomas de los suburbios los irlandeses, gansos, patos y chivos, e hijos descalzos, que de sus padres encervezados y de sus madres harapientas y del sórdido cura de la parroquia, no pueden sacar modelos para mejor vida, sino que en cuerpo y espíritu salen de sus chozas de mala madera, depauperados: y como la inmigración de Irlanda a New York es tan cuantiosa, sucede que de veras está gravísimamente amenazada de miseria mental y moral la gran ciudad. Los alemanes la remediarían, si no fueran tan dados al goce de sí propios y tan desentendidos del bien ajeno. Se ve que son mal cimiento de un pueblo formidable el abrutamiento y el egoísmo. Y hay escuelas por cierto; pero en los hijos de irlandeses, lo que la escuela cría, el chivo se lo come. El hijo del alemán, como que el padre suele abrirse camino y no vive en comunidad tan ruin, aprovecha sus libros; sobre que el alemán

es hombre de su casa, y trabajador, lo que sin esfuerzo va dando buenos hábitos a los hijos. Y esto no lo decía el discurso del graduando, pero decía otras cosas excelentes.

Otro joven bachiller asalta la tribuna y lee... ¿pero qué lee, que todos lo aplauden? Pues nada menos que un estudio en que se defiende el derecho y capacidad de los Egipcios para gobernar su propia tierra, y se acusa de mera máscara de la ambición inglesa ese pretexto indecoroso con que, como el boia a la paloma, viene desde hace años enroscándose sobre el Egipto; el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes. Pero como la libertad vive de respeto, y la razón se nutre en la controversia, edúcase aquí a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan, y oír sin ira y sin mala sospecha lo que piensan otros: de modo que no bien cesan las palmas con que acogemos todos al mantenedor del decoro humano, ya está en la tribuna un bachiller defendiendo el buen derecho de Inglaterra a poner definitivamente manos sobre la gente abandonada del Egipto, y a cogérselo brazada a brazada, como han cogido los Estados Unidos el territorio de los indios.

Otro graduando ensalza el sistema de instrucción pública de Norte América y dice que en la homogeneidad de los nuevos ciudadanos se prueba que aquel modo de enseñar es digno de un pueblo fuerte; pero el graduando vecino se levanta, depreca el sistema en uso, y dice que no hay mayor fracaso porque las escuelas enseñan a los niños para hijos de rico, que han de vivir de herencia y no de sus labores, y porque apenas hay pueblos en que los niños a los quince años, tengan al salir de la escuela instrucción más deficiente y rudimentaria: deletrear, escribir y contar saben; pero ni se les ha abierto el apetito de saber, ni se les ve poseídos de aquella noción y simpatía humanas sin las cuales se truecan los hombres en esa criatura vacía, dañina y horrenda: el egoísta.

Bachiller muy joven, y que se lleva todas las miradas, es ese que cuenta enseguida, no sin histórico estilo y buena crítica, la vida de las dos Isabelas: la odiosa de Inglaterra y la grande de España. Maestro en ciencia parece el que le sucede en el discurso, y con argumentos ingeniosos y frase pintoresca niega que vayan a la par las fuerzas vitales y las físicas, y que éstas puedan alcanzar jamás la potencia original de la creación, que sólo reside en la voluntad colosal desconocida:—“la química, dice el bachiller, ha podido fabricar huevos; pero no empollarlos”. Y el graduando que cierra estos animados ejercicios, perora, con ternura exquisita, apretado lenguaje y profunda visión, sobre la sana y triste filosofía de George Elliot, la noble y desventurada novelista inglesa, nueva estoica, para quien la vida se puso toda, como siempre para las almas excelsas, en una copa amarga, que bebió ella hasta las heces, por que no quedara nada que beber a los demás; sin que los vapores de la propia amargura, que a tantos nublan los ojos, se los enturbiasen, para ver cuánto elemento de sólida ventura hay en la conciencia bien educada y en la naturaleza. De todo lo vivo se desprende una justicia definitiva y universal que asegura la próxima compensación de las desigualdades e injusticias de la tierra. La conciencia valerosa, empujada entre los hombres como un gigante invicto entre liliputienses, alienta y acaricia.

Y todavía no hemos dicho, y lo callábamos de intento, que esos bachilleres tan gallardos, que con tal maestría andan por las entrañas de un carácter y repintan imperios pasados, y enarbolan la bandera de los hombres libres, y balancean el cuerpo y alma de la naturaleza, eran mujeres. Niñas de diez y ocho a veinte años, eran las graduandas de este año en el colegio de Vassar.

¡Oh! el día que la mujer no sea frívola ¡cuán venturoso será el hombre! ¡cómo, de mero plato de carnes fragantes, se trocará en uma de espíritu, a que tendrán los hombres puestos siempre los labios ansiosos! ¡Oh! qué día aquel en que la razón no tenga que andar divorciada del amor natural a la hermosura! ¡aquel en que por el dolor de ver vacío el vaso que se imaginó lleno de espíritu, no haya de irse febril y desesperado, en busca de alma bella, de un vaso a otro! ¡Oh qué día, aquel en que no se tenga que desdeñar lo que se ama! Marisabidillas secas no han de ser por esto las mujeres; como los hombres que saben no son por el hecho de saber, pepisabidillos. Hágase entre ellas tan común la instrucción, que no se note la que la posea, ni ella misma lo note: y entonces se quedará en casa la fatiga de amor.

Que cuando el hombre haya menester de quien le entienda su dolor, le admire su virtud o le estimule el juicio, no tenga que ir a buscarlo, como sucede ahora, fuera de su casa. Que no sean la compasión, el deber y el hábito lo que a su esposa lo tengan unidos; sino una inefable compenetración de espíritu, que no quiere decir servil acatamiento de un cónyuge a las opiniones del otro: antes está ese sabroso apretamiento de las almas en que sean semejantes sus opiniones, capacidades y alimentos,

aun cuando sus pareceres sean distintos. Crece el esposo con los merecimientos de la esposa; y ésta, con ellos, echa raíces en él.—Lo cual es bueno: el único placer que excusa la vida dolorosa, y la perfuma, levanta y fortifica, es el de sentir que, como un árbol en la tierra, se han echado raíces en un alma caliente y amante.

Los pueblos necesitan además como las aguas de nivel. Cada nación requiere, si ha de salvarse, cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos: y aún como no se da hijo sin padre y sin madre, así no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y femeniles del espíritu.—Los pueblos mueren de hipertrofia de fuerza, que los ensoberbece, ofusca y embriaga, y causa dolores y trastornos sin cuento con su propio exceso, lo mismo que de hipertrofia de sentimiento y arte, que los afloja y ahembra.—Las condiciones espirituales tienen su higiene, lo mismo que las físicas; y de una condición se ha de reposar en otra, que la modere y modifique.—De la fuerza se ha de descansar en la ternura.—A más de esta necesidad de femineidad en la vida de la nación, existe en los pueblos dados a la fatiga, la labor nerviosa, y el ansia de la riqueza, urgencia grande de balancear con la educación de la mujer, que lleva a la vida de la nación sensibilidad y semilla de intelecto, la escasez en que naturalmente quedan estas condiciones por la consagración casi exclusiva de la mayoría nacional a las batallas, emociones y goces de la posesión de la fortuna.—Como estrellas viajeras, a derramar luz suave e iluminar lo sombrío, se vierten cada año por el país esos bachilleres de cabellos largos y armoniosas formas: de vergüenza de no parecerse a ellas, se mejoran los gañanes de la riqueza que las cortejan y desean: su contacto, ejemplo y enseñanzas, dulcifican y espiritualizan la existencia en torno suyo.—Y así como se gusta mejor el vino bueno en copa bien labrada, o de cristal delgado y limpio, así se recibe con mayor mansedumbre, placer y provecho el influjo del espíritu, de una mujer culta y hermosa.

La América. Nueva York, junio de 1884